

SIN LA *oración* no **PODEMOS** *vivir*

Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

” Soy sólo un pobre fraile que reza”, repetía a menudo el Padre Pío. Sobre todo cuando alguno le atribuía los méritos de un milagro y él tenía que hacer entender que los milagros los hace sólo el Señor y que nosotros, todos nosotros, podemos obtenerlos, si pedimos con fe. “Llamad y se os abrirá, pedid y se os dará” ha prometido Jesús.

Pero la oración no es solamente el medio para obtener gracias e intervenciones divinas. Éste es, en realidad, un aspecto marginal, una consecuencia de la oración que es, sin embargo, “una íntima relación de amistad, con la cual nos entretenemos a menudo solos y sólo con aquel Dios que sabemos que nos ama”. Así se expresaba santa Teresa del Niño Jesús que, para hacer comprender su pensamiento, en términos más simples escribía: “Para mí la oración es un salto del corazón, una simple mirada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, en la prueba y en la alegría”.

El Catecismo de la Iglesia Católica, con tonos menos poéticos, pero más didácticos nos explica que “El Señor conduce a cada persona por los caminos de la vida y de la manera que él quiere. Cada fiel, a su vez, le responde según la determinación de su corazón y las expresiones personales de su oración”.

Es cierto que no siempre es fá-

cil rezar. Hay momentos en los cuales el cansancio, la inquietud, la desolación o más simplemente las distracciones del mundo, muy frecuentes en este periodo veraniego, constituyen un obstáculo que a veces nos parece, o nos conviene considerar, insuperable para abrirnos al coloquio con Dios. También el Padre Pío ha experimentado la sensación que su oración fuese “vana”. Pero no se dejaba vencer por la tentación y elevaba igualmente su pensamiento al Señor, incluso cuando experimentaba momentos de aridez interior y no tenía “ningunas ganas”.

“Es verdad – ha escrito como hermano mayor, más que como padre o como maestro – que, dada nuestra condición, no está en nuestro poder tener el pensamiento fijo en Dios, pero esforzémonos lo más posible por hacer que nos importa su presencia. Y esto lo podemos y lo tenemos que hacer, el llamar de vez en cuando a nuestra memoria la gran verdad que Dios nos ve. Refiramos a Él todas nuestras acciones; levantemos nuestra alma más a menudo a Dios”. Estas exhortaciones, válidas también hoy para cada uno de nosotros, podrán constituir un óptimo antídoto contra una solapada tentación, aquella de renunciar a rezar si no encontramos el clima justo de recogimiento, exterior o interior, que nos puede llevar a continuos retrasos *sine die*. Una tentación

que nos llevaría, sin darnos cuenta, al suicidio espiritual si es verdad, como lo es, lo que decía san Gregorio Nacianceno con una frase que produce sensación: “Es necesario acordarse de Dios más a menudo de cuanto se respira”.

El Catecismo de la Iglesia Católica, además, nos recuerda que “La Tradición de la Iglesia propone a los fieles unos ritmos de oración destinados a alimentar la oración continua. Algunos son diarios: la oración de la mañana y la de la tarde, antes y después de comer, la Liturgia de las Horas. El domingo, centrado en la Eucaristía, se santifica principalmente por medio de la oración”. El Padre Pío invitaba a sus hijos espirituales a hacer “la comunión diaria”, a no “descuidar nunca” el acercarse “al sagrado banquete del divino Cordero”.

A todos los devotos de nuestro santo Hermano, sobre todo a tantos (ya más de un millón) que han venido a venerar sus restos mortales o que vendrán en las próximas semanas durante el verano, a todos los cristianos, mi augurio para este verano es que ninguna voz de “sirenas de vacaciones” pueda hacernos olvidar la frase testigo del martirio, más que con las palabras, de los 49 mártires de Abitene: “Sin el domingo no podemos vivir”. ■